

quirir comida, evitar un desahucio o, simplemente, sobrevivir un día más. En ese escenario construye una novela crítica con el sistema –pese a que en ciertas ocasiones se acerca más a la crónica, pero ya se sabe: el realismo en la actualidad también es crítico al mostrar lo realmente existente–, plagada de sentimientos de indignación ante la estafa colectiva en la que cualquier conquista social se nos ha caído a pedazos o se ha evaporado en la atmósfera. Y es que Salabert no cree en la literatura apolítica, inmaculada, y que no se moje con la situación actual, y defiende una narrativa apegada a los tiempos que nos ha tocado vivir, para denunciarlos, para alzar la bandera de la literatura útil que realice una autopsia a la realidad.

En ese Madrid actual que nos dibuja, es la Navidad del 2012, se están cometiendo varios asesinatos de «comprooro», tal y como ella bautiza a las personas que se dedican a comprar oro a las personas asfixiadas por la crisis, en esos establecimientos con cristales blindados que han inundado nuestras calles, pues «el oro siempre regresaba cuando despuntaba el derrumbe». Las tres víctimas tienen en común la profesión –«Era prestamista de los de murmullo en trastienda clásica cuando se terciaba [...] empezó muy pronto a coleccionar chismes y medias verdades, a atesorar secretos ajenos. Su olfato era infalible a la hora de detectar debilidades, culpas y vergüenzas a las que sacer partido...»– y la leyenda del cartel que el asesino coloca sobre su pecho: «ladrón de quilates de oro y vida». Aquí aparece el inspector Alarde, un joven y perspicaz policía, intuitivo y sensible, que no sólo mira el lugar del homicidio, sino que también sabe cómo mirar. Un protagonista que se nos antoja retomará la autora en alguna que otra obra.

Con esos resortes, Juana Salabert, de una forma sutil, va dibujando una realidad en la que todas las conquistas sociales se nos esfuman, el Estado de Bienestar se hunde y la indignación no encuentra salida y se concentra hasta explotar en forma de asesinato o como melancolía que nos inmoviliza y nos transforma en sujetos desplazados por el sistema.

Escribo, luego existo

Contigo en la distancia, la novela con la que Carla Guelfenbein obtuvo el premio Alfaguara de este año

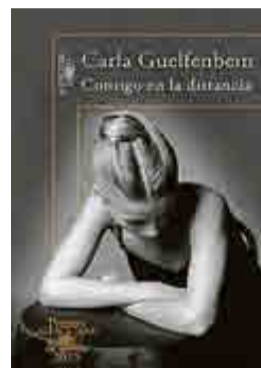


M. S. SUÁREZ
LAFUENTE

Contigo en la distancia es una obra eminentemente postmoderna, donde se desdibujan los límites entre el yo y el tú y entre la realidad y la ficción, y donde se verifica el postulado de Derrida de que “no hay nada más que el texto”. En la novela hay tres voces principales que giran en torno a una autora que espera, anciana e inerte, desde la uci de un hospital a la muerte, por lo que la versión de la vida de ésta depende únicamente de la interpretación de los otros y de la ficción que ha dejado escrita. Se trata, pues, de una de las muchas novelas contemporáneas que buscan la solución de algún incidente en la obra literaria de algún personaje; que ese incidente sea un accidente más o menos grave convierte a la novela en “negra” o no.

Hay aquí tantas líneas temáticas que se cruzan y se implementan que, al terminar la lectura, ya nos hemos olvidado de lo que nos impulsó al principio a seguir leyendo y nos contentamos con lo que descubrimos al final del viaje literario. **Carla Guelfenbein**, chilena, ganó con esta inteligente obra y por unanimidad el XVIII Premio Alfaguara de novela 2015. De ella dice el jurado: “es una novela de suspense literario construida con gran eficacia narrativa en torno a un memorable personaje femenino y al poder de la genialidad”.

Es precisamente ese poder el que determina la trama de la historia, ya



Contigo en la distancia

CARLA GUELFENBEIN
ALFAGUARA, BARCELONA,
2015
351 pp.

que el genio creativo se superpone a la subjetividad de tal manera que interfiere en la vida íntima de varios de los personajes a través de varias generaciones. Esta dicotomía aparentemente insalvable se materializa en el cuerpo, que se vuelve una presencia “contumaz y desafiante”, incapaz de contener los celos y la ira cuando uno de los personajes se sabe menos genial de lo que aparenta o, en otro caso, se es incapaz de asumir una realidad amenazadora por insegura y volátil.

Los personajes se enfrentan a tales miedos por medio de la escritura, un lugar “donde los límites de lo real y lo

inventado no son tan claros” y donde la memoria puede engañarse a sí misma lícitamente, sin más exigencia de fidelidad que la propia del proceso de escribir y de la lógica interna de la trama. En esta concatenación de elementos narrativos, la memoria da paso a los lugares donde se ha vivido, “sitios que el alma crea para poder guardar sus recuerdos”.

Y así, sumando experiencias, sentimientos y nostalgia, se va entretejiendo una auto/biografía colectiva, donde si en principio se busca a un homicida y a sus posibles razones, se reconstruye pronto la vida de la autora y sus allegados y se encuentran a sí mismos los agentes iniciales de la investigación. Pues la vida de cada cual no se compone de un solo hilo, “son cientos, miles, cada día, cada afán tiene el suyo”.

Contigo en la distancia hace referencia al bolero del mismo título, compuesto en 1946 por el cantautor cubano **César Portillo de la Luz**, de cuya letra podríamos considerar dos líneas especialmente como la matriz del complejo entramado de la novela: “Es que te has convertido / en parte de mi alma”; pues cada personaje no se puede ya entender sino como devenir de la circunstancia de los que le rodean e, incluso, de muchas personas que les precedieron. Articular todos estos temas y utilizar, a la vez, como fondo, la biografía de **Clarice Lispector**, requiere una buena dosis de oficio literario, y cuando éste existe, como es el caso, la lectura constituye un auténtico festín.

La novela que reveló a la argentina Almada

Cuenta la argentina **Selva Almada** (1973) que el origen de **El viento que arrasa**, su primera novela, fue el deseo de escribir un libro de cuentos de carretera, siempre a bordo de un coche. Y que pensando en oficios o situaciones que obligasen a desplazarse un día y otro en automóvil le llegó la figura de los pastores evangélicos itinerantes que surcan provincias como el norteño y selvático Chaco. El resultado fue una narración de 150 páginas que ha triunfado en Argentina, ha sido traducida a varios idiomas y ahora llama a nuestras puertas. Almada, amante de la literatura sureña estadounidense y devota en particular de la oralidad de **Flannery O'Connor**, sabe cómo encadenar y destilar conflictos hasta lograr un concentrado de elevada graduación en el que la locura subconsciente que viaja día y noche con todo bicho humano arrastra al lector hasta dejarlo exhausto. Y todo de la mano del pastor Pearson, de su hija y de un paisaje en el que las palabras resuenan como espectros.



El viento que arrasa

SELVA ALMADA
Mardulce
13 euros
168 páginas

Brumas irlandesas de los primeros años

Entre 1995 y 2000, el irlandés **Aidan Higgins** habría de dar forma a una magna autobiografía en tres volúmenes que posteriormente agruparía bajo el título de “**A Bestiary**”. Pero ya antes, en 1977, Higgins había hecho novela los destellos de sus primeras décadas de vida. Nació así este **Recuerdos de un pasado que se desvanece**, en el que con prosa de intenso pulso poético y nítida narrativa, Higgins rescata de las sombras una infancia y una adolescencia que corren parejas con la represiva Irlanda católica de la década de 1930 y 1940. La íntima hilazón tejida entre su yo y el país –a menudo detestado– en el que esa individualidad crece y se ramifica es clave en el aprecio con el que la obra ha sido gratificada desde su bautizo. Por supuesto, resulta inevitable sacar a colación el **Joyce del Retrato del artista adolescente**, pero con o sin él, **Recuerdos...** es una finísima pieza de uno de los monumentos vivos de la literatura irlandesa.



Recuerdos de un pasado que se desvanece

AIDAN HIGGINS
Traducción de Carmen Torres
Periférica, 304 páginas
19,95 euros